

La crisis de la S.T. y la manera de conjurarla

J.J. Van der Leeuw

Publicado en “El loto blanco” de Junio de 1930.

Cuando me fué ofrecido el cargo de Secretario General de la Sección Holandesa, quedé perplejo algún tiempo antes de adoptar una decisión. No se trataba solamente de que la posible elección alterara mis planes de conferencias y trabajos escritos durante algunos años, sino también de que en los últimos años me he venido preguntando seriamente si tenía la Sociedad Teosófica alguna misión que cumplir en la nueva orientación de esta era moderna y si el movimiento actual era capaz de imprimir la transformación necesaria para esa misión.

La situación actual de la S. T. no es una crisis como tantas otras que hemos visto en la historia de este movimiento. Esta vez se trata de una cuestión vital; o bien la S. T. debe desaparecer o bien tiene que dominar el conflicto que la mina y hacer renacer sus actividades con nuevos objetos y métodos.

La S. T. está en peligro de muerte a causa de un conflicto interior que se ha hecho manifiesto a partir del trabajo intensivo de Krishnamurti, aunque, a decir verdad, fue siempre consubstancial al movimiento teosófico desde los albores de su existencia. Definiría este conflicto como la lucha entre la revelación y la realización. Para mí la Teosofía es, sobre todas las demás cosas, realización. Así como la teología es meditación y argumentación acerca de Dios, la teosofía es la experiencia de lo Eterno hecha por el hombre en sí mismo. Este Eterno es la realidad que busca el teósofo para sí y que trata de despertar en los demás: todo lo restante es secundario: sin este postulado todo lo demás es en vano. En este punto nadie puede ni ayudar ni entorpecer; para esta experiencia no son necesarias facultades ocultas, ni pueden ellas revelar lo Eterno: en esto es el hombre el Sendero para sí mismo, la puerta abierta para la Realidad. La actividad teosófica, desde sus comienzos, y muy justamente, ha enseñado las experiencias del yo, la realización de lo Eterno, pues esa es su “razón de ser”, la fuente de su inspiración.

Sobre esto se funda el primero y el único objeto de la S. T. que sea compulsivo; únicamente sobre la experiencia de una Vida eterna puede nacer la fraternidad y el reconocimiento señalado como su segundo objeto; la experiencia espiritual es una a través de las edades aunque las formas de las religiones son muchas y variadas. Hay, sin embargo, un tercer objeto: la investigación de las fuerzas y leyes desconocidas en el hombre y en la naturaleza.

En su esencia este objeto es puramente científico y se refiere a la ampliación de la investigación científica en regiones hasta ahora inexploradas. En este caso, como en la física, el propósito es la investigación de hechos por medio de los sentidos corrientes o por distinta manera; y el método para conseguirla es por una percepción paciente y meticulosa, por comparación, controlando y probando los hechos llegando así a un conocimiento irrefutable. Y de esto, por generalización, se alcanza el conocimiento de la ley y el dominio de las fuerzas.

Este último objeto nada tiene que ver con la vida espiritual y la finalidad del hombre. El propósito y los métodos son diametralmente opuestos a los de los otros dos objetos. Allí la experiencia de lo Eterno, del Uno, dentro, y mediante el Yo; aquí la percepción del

universo fenomenal en su multiplicidad, fuera de nosotros, en el mundo físico y tal vez en otros.

¿Qué ha sucedido, empero, en la S. T. desde sus comienzos? Lo oculto ha invadido el campo de lo espiritual; quienes por el desarrollo de sus facultades ocultas, debieran haber dirigido las investigaciones científicas, contenidas en el tercer objeto, fueron tomados como canales de conocimiento espiritual, reverenciados como jefes espirituales, como mediadores entre el hombre y la verdad. Desde el momento en que se arrogaban, por sus facultades ocultas, el deseo de estar en comunión consciente con seres perfectos, los Mahatmas, y ser los guardianes de la divina sabiduría arcaica, la Teosofía, era natural que fuesen los únicos canales por los cuales fluyese esa sabiduría de lo alto, a aquellos menos favorecidos que carecían de esa comunión. Por los Maestros conocían cuanto era necesario para el plan de la evolución y transferían ese conocimiento a las masas.

Tomado así no es la teosofía experiencia de lo Eterno para cada uno dentro de sí mismo, sino un sistema de tradición oculta monopolizado por un grupo de seres perfectos, sin acceso posible para la humanidad ordinaria, conocido sólo por unos pocos, que son, por consiguiente, los intermediarios reveladores de la sabiduría divina. El camino para la sabiduría se convierte en el del discipulado y la iniciación, cuyas etapas y desarrollo deben ser apreciados y comunicados por los pocos ocultistas reconocidos. Todo ello constituye un sistema jerárquico de intermediación que se encuentra en flagrante contradicción con la teosofía que es experiencia de lo Eterno en nosotros, sin intermediarios, sin ayuda del exterior.

Este es el conflicto actual, existente, aunque en latencia, desde los primeros tiempos de H. P. B., conflicto que se presenta ahora activo, pues de un lado, el sistema de la teosofía revelada se afirma de un modo casi fantástico, y, de otro, las predicaciones de Krishnamurti son la realización de lo Eterno descartando todo cuanto no es esencial para ello.

Piensen aquellos que piden “volver a H. P. B.” cuán claro aparece el elemento de la revelación en la teosofía con toda su secuela de males, desde los lejanos tiempos de H.P.B. y vean cómo tuvo su génesis en ella. Las cartas del Mahatma, en su forma de presentación y en su contenido, son la primera y más acabada forma de teosofía revelada.

Más tarde los mensajes sustituyen a las cartas. Derivados de estos mensajes de lo alto, es decir, como resultado de una revelación, cristalizaron los movimientos ceremoniales y reclutaron sus seguidores. La mayor parte se sumaban a ellos no por impulso propio sino por las afirmaciones de que los Maestros, y especialmente el Instructor del Mundo, deseaban estos movimientos: y cuando al empezar el Instructor su predicación, descartó todo movimiento ceremonial, mediadores ocultos, mensajes, discipulados y gurús, se produjo el estado de confusión y de duda que atravesamos en este momento. Muchos vieron que habían sido mal dirigidos y que habían sacrificado a falsos ideales; abrumados por su desilusión abandonan ahora el movimiento teosófico, por muy fuerte dolor que esta separación les cause. De continuar este proceso de desintegración la S. T. está herida de muerte.

No veo más que un medio de redención. En primer lugar, los teósofos deben sentir en su interior el conflicto entre la teosofía de revelación y la teosofía de realización : deben darse cuenta de por qué se sienten confundidos, por qué su fe se ha quebrantado y por qué han perdido su antiguo entusiasmo. Seguidamente deben buscar su seguridad en la teosofía de realización, concentrándose en ella, y desechando completamente el elemento de revelación.

Debo hacer constar claramente que, en manera alguna, implica esto el abandono del ocultismo. Por el contrario, esto propugna el único crecimiento sano del ocultismo que, libre del elemento de la revelación, puede desarrollarse en una dirección completamente científica, con métodos estrictamente científicos.

Tampoco implica esto la negación de la existencia de los Maestros, ni la posibilidad de comunicación con Ellos; pero implica la exclusión incondicional del sistema de revelación oculta.

Si creéis que un Maestro os ha hablado, medita primero si lo que os ha dicho está de acuerdo con vuestras ideas: si es así, tomadlo como expresión de vuestra propia opinión y aceptad su responsabilidad: si no, callad. Pero jamás lo déis como mensaje venido de arriba: este es el principio de una perturbación sin límites.

Porque, entonces, usáis como origen de vuestra comunicación una autoridad oculta inaccesible a los demás.

Encuentro el origen de la mayor parte de las dificultades teosóficas en el censurable sistema de las comunicaciones ocultas. Que cada uno hable en su propio nombre, basándose en su propia autoridad, con el valor de sus convicciones, y, si no es así, que guarde silencio. Pero no tratéis de reforzar vuestro punto de vista con la disimulada autoridad de lo invisible. Destruid el ansia insaciable de revelación que sentís en vosotros y que solamente conduce a la degeneración espiritual.

En el caso en que resultase elegido Secretario General, yo necesito que los miembros se convenzan de que, para mí, la teosofía es la realización de lo Eterno y que desecho el elemento de la revelación como incompatible con ella: no quiere esto decir que no podamos aprender de los demás; es lo que continuamente hacemos: peco en esto no hay cuestión de revelación iniciada únicamente cuando se usa de una autoridad oculta en lo invisible. Dirigiré mi esfuerzo a libertar el ocultismo de su pseudo-espiritualidad y a fomentar un método estrictamente científico para la investigación oculta.

Con referencia a nuestros trabajos como teósofos favoreceré una actitud más realista. Lo Eterno no es un mundo distinto o más alto que el nuestro, sino su realidad y su concepto: en el Aquí y en el Ahora está el camino para lo Eterno. Preferiría encontrar a los teósofos menos interesados en sus principios y aptitudes en otros mundos, en sus grandezas en el pasado o en el porvenir y más en sus aptitudes y sus actividades en este mundo y en el momento actual.

Propenderé, también, a un estudio y trabajo teosóficos encaminados no a doctrinas ajenas a la vida, y frecuentemente inútiles, sino a la profunda realización del espíritu de nuestros días.

El teósofo debe ser hijo de la nueva era, no reliquia del pasado. Prefiero encontrar un teósofo leyendo un diario, con un sentido crítico, que una obra gnóstica. Prefiero verlo familiarizado con Einstein, Freud, Montessori y Le Corbusier, con la Liga de las Naciones y con la arquitectura moderna, que con el Vishnu Purana, el Libro de los Muertos, la doctrina de los pitris lunares o los siete principios del hombre.

Prefiero ver en las Ramas teosóficas publicaciones tales como Imago, Naturaleza, Conciliación Internacional o La Nación, mejor que la Revista Oculta o algún otro mensuario astrológico; prefiero que las clases de estudios se dirijan hacia las últimas conquistas en Ciencia, Arte y Relaciones Internacionales, que no que se concentren en los reinos elementales y en la Jerarquía oculta.

Debe ser nuestra Sociedad vanguardia y no retaguardia, como ha sido hasta ahora.

¿Puede esto calificarse como preferencia por lo exterior? No: Quiere sólo decir:

«Sentido de la realidad».

Buscad vuestra fuerza interior por meditación, auto-disciplina y una determinada actitud hacia la vida. Para esto no necesitáis ninguna enseñanza esotérica: no hay secretos ni

aun para la más íntima autorrealización. y para el verdadero misterio el secreto es superfluo, pues no puede expresarse.

Constituirá uno de mis objetivos trabajar para un saludable método psicológico de entrenamiento espiritual. Esto es lo que, con preferencia, necesita la S. T.

Su espiritualidad consistía en el pasado, demasiado frecuentemente, en un vuelo ascético fuera de la realidad. Sin una relación nueva y más vigorosa con la realidad, no puede la S. T. llenar su misión en estos tiempos.

Hasta ahora muchos que fundamentalmente, aunque no de hecho, pertenecían a la S. T. y hubieran sido valiosos cooperadores, se veían apartados por las prácticas del pensamiento y del trabajo teosóficos. El teósofo clásico que conoce, en sus detalles, cómo el mundo está formado, cómo fue creado y cual será su disolución; que tiene una respuesta para cada pregunta y llega, con verdadero acrobatismo mental, a compaginar lo incompatible, es un elemento de disgregación que ha rechazado a artistas, filósofos y hombres de ciencia de la S. T.

Debemos convencernos que la teosofía no tiene soluciones para los problemas de la vida, pero ofrece un medio de experiencia para la realidad a cuya luz llegamos al convencimiento de que tales problemas son fantasmas de pensamientos. La liviana seguridad de un sistema que lo abarca todo «explicándolo bonitamente» debe ceder a una actitud de reverencia efectiva hacia la vida que es un misterio, pero no es un problema. De esta manera atraeremos a muchos teósofos que están hoy fuera de la Sociedad.

Cuando hayamos renunciado a la ilusión de poseer un indiscutible sistema de verdad, podremos fomentar en la S. T. una crítica constructiva. Toda crítica dirigida al movimiento teosófico, a sus actividades, doctrinas o Jefes se calificaba, hasta ahora, de «ataque», «falta de fraternidad», «deslealtad», señalando como en último término, el fantasma de los Poderes negros. De ahí que se haya privado a la S. T. de una crítica sana, la que relegada ahora en los subterráneos, se convierte frecuentemente en amarga y hostil. Como consecuencia del sistema de teosofía revelada, se creó una institución de jefatura divina, en la cual unos pocos jefes recibían honores casi divinos y permitían se les mirasen como infalibles. No era esta ciertamente una juiciosa apreciación o admiración hacia sus cualidades, muy grandes por otra parte.

Por el contrario, era un servilismo hacia nuestra debilidad que necesita de una divinidad a quien adorar. El resultado trágico de esta actitud ha sido que un crítica normal de sus trabajos y de sus actos, se calificase de crimen «de lesa majestad» o como una forma de blasfemia. Mi concepto de la lealtad hacia un amigo no es la de aceptar ciegamente sus opiniones y sus actos, sino en prestarle ayuda en las dificultades, comprender sus debilidades, y llegado el momento, oponerse a sus equivocaciones.

Yo desearía que un sentido de verdadera crítica, sin sombra de amargura ni hostilidad, se fuese desarrollando en el movimiento teosófico: crítica ejercida sobre las opiniones y los actos de los demás en lo que se refiere a su actuación en la S. T. excluyendo terminantemente todo juicio sobre sus vidas privadas.

Esto es posible llevar a cabo sin menoscabo de la fraternidad, y mucho más beneficioso que la murmuración en voz baja que es consecuencia de aquel silencio.

La ausencia de libertad de crítica en la vida teosófica ha dado lugar a que se admirasen equivocadamente muchos escritos sin valor y mucha fraseología vacía. Ha llegado a suprimirse en la mayor parte de los teósofos el uso de la crítica hasta tal punto que no saben distinguir la buena literatura de la mala, los «clichés» vacíos de los pensamientos vivos, la retórica hueca de una emoción verdadera: Esto puede sólo corregirse por una cuidadosa educación del sentido de la crítica. Únicamente puede la «mente inferior»

verse libre de las ilusiones que la tienen aherrojada por ese procedimiento y que la mente superior se imponga en su lugar.

Mis observaciones no se refieren sólo a Holanda. sino al movimiento teosófico mundial. Mi propósito es no limitar mi esfuerzo a Holanda sino extenderlo a todo el movimiento teosófico, ya que las dificultades que rodean a la teosofía son las mismas en todas las Secciones Nacionales.

He creído mi deber dar mis puntos de vista con bastante extensión antes de que decidáis si debéis elegirme por vuestro Secretario General. Tal vez los encontréis demasiado heterodoxos: si así es, espero lo demostraréis eligiendo un Secretario General más ortodoxo a quien acompañarán mis deseos fervientes para el buen éxito de su obra.